

# EL TIEMPO DE LAS RUINAS



Cristóbal Gnecco y Mario Rufer  
(edición académica y compilación)

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA





## EL TIEMPO DE LAS RUINAS



Raquel Bernal Salazar  
RECTORA

Silvia Restrepo Restrepo  
VICERRECTORA DE INVESTIGACIÓN Y CREACIÓN

Juan Camilo González Galvis  
EDITOR GENERAL



Dr. José Antonio De los Reyes Heredia  
RECTOR GENERAL

Dra. Norma Rondero López  
SECRETARIA GENERAL

Dr. Francisco Javier Soria López  
RECTOR DE LA UNIDAD XOCHIMILCO

Dra. María Angélica Buendía Espinosa  
SECRETARIA DE LA UNIDAD

Dra. Martha Isabel Flores Ávalos  
COORDINADORA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA  
Y DIFUSIÓN CULTURAL

DCG Amada Pérez  
JEFA DE LA SECCIÓN DE PRODUCCIÓN EDITORIAL



## **EL TIEMPO DE LAS RUINAS**

Cristóbal Gnecco y Mario Rufer  
(edición académica y compilación)

Nombre: Gnecco, Cristóbal, edición académica, compilador. | Rufer, Mario, edición académica, compilador.  
Título: El tiempo de las ruinas / Cristóbal Gnecco y Mario Rufer (edición académica y compilación).  
Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes ; México : Universidad Autónoma Metropolitana, 2023. | xxxiv, 488 páginas : ilustraciones ; 17 x 23 cm. | colección Tándem  
Identificadores: ISBN 9789587984828 (rústica) | 9789587984835 (e-book) | 9789587984842 (e-pub)  
Materias: Excavaciones arqueológicas | Tiempo | Arqueología e historia  
Clasificación: CDD 930.1–dc23 SBUA

Primera edición: abril del 2023

© Cristobal Gnecco y Mario Rufer (editores académicos y compiladores)

© Universidad de los Andes, Vicerrectoría de Investigación y Creación, Ediciones Uniandes; Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Coordinación de Extensión Universitaria

Ediciones Uniandes

Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm  
Bogotá, D. C., Colombia  
Teléfono: 601 3394949, ext. 2133  
<http://ediciones.uniandes.edu.co>  
[ediciones@uniandes.edu.co](mailto:ediciones@uniandes.edu.co)

Producción Editorial

Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Xochimilco  
Calzada del Hueso 1100  
Col. Villa Quietud  
Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México  
C. P. 04960  
México  
Teléfono: 54837334 / 54837000, ext. 2808  
<https://extensionuniversitaria.xoc.uam.mx/seccion-produccion-editorial/>

ISBN: 978-958-798-482-8

ISBN *e-book*: 978-958-798-483-5

ISBN epub: 978-958-798-484-2

DOI: <http://dx.doi.org/10.51573/2023.03>

Corrección de estilo: Tatiana Grosch

Diagramación: Nancy Cortés

Diseño de cubierta: Neftalí Vanegas

Imagen de cubierta: Lindisfarne, Insula Sacra, Northumberland, Inglaterra. Fotografía de Michael Shanks

Impresión:

La Imprenta Editores S. A.  
Calle 77 n.º 27A-39  
Teléfono: 601 2402019  
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# Contenido

ix	<b>Obertura. Gestos de diseminación</b> <i>Ivana Carina Jofré</i>
xxi	<b>Entrada. Aquí <i>también</i> hay ruinas</b> <i>Mario Rufer</i>
	PRIMER ACTO. TIEMPO Y RUINA EN TENSIÓN
3	<b>Ruinas vivientes: los restos de la modernidad en América Latina</b> <i>Celeste Olalquiaga</i>
55	<b>La ruina del tiempo o la flor del cardón</b> <i>Alejandro Haber</i>
69	<b>Camino de las ruinas</b> <i>Alfredo González-Ruibal</i>
99	<b>Las ruinas de los otros: extractivismo y alterización en el camino de los Incas</b> <i>Cristóbal Gnecco</i>
	INTERLUDIO
139	<b>La nostalgia de las ruinas</b> <i>Andreas Huyssen</i>
	SEGUNDO ACTO. FANTASMAGORÍA Y (A)RRUINACIÓN
157	<b>Cuerpos de agua. La materia oscura de la ciudad</b> <i>Sandra Rozental</i>
177	<b>Zanjas, ruinas y espectros: relatos del país donde no hay sombra</b> <i>Mario Rufer</i>
203	<b>Las ruinas no vistas o los restos de un mundo creciente: derrumbes, huecos y palacios subterráneos en los Andes colombianos</b> <i>Luis Alberto Suárez Guava</i>
229	<b>El mar se lleva la playa que trajo: huellas de un mundo inundado</b> <i>María Isabel Galindo Orrego</i>

	TERCER ACTO. MATERIALIDAD Y RESTO / ACTIVISMO Y <i>PERFORMANCE</i>
243	<b>La performatividad de Chichén Itzá: tiempos y tácticas de ruinas, patrimonio y herencia</b> <i>Quetzil E. Castañeda</i>
291	<b>Los caminos de la muerte del renacimiento de Ciudad del Cabo</b> <i>Christian Ernten</i>
329	<b><i>Souvenirs</i> desde las ruinas del futuro</b> <i>Eduardo Abaroa</i>
369	<b>Patrimonio, representación, diseño: “Déjeme que le cuente sobre el muro de Adriano...”</b> <i>Michael Shanks</i>
431	<b>Empoderar ruinas: una arqueología de dos espacios de activismo en Detroit, Gordon Park y el Grande Ballroom</b> <i>Krysta Ryzewski</i>
	CODA
475	<b>Epílogo invadido por ruinas</b> <i>Cristóbal Gnecco</i>
481	<b>Reseñas biográficas</b>

**Obertura**  
**Gestos de disseminación**

Ivana Carina Jofré

## **La diseminación de las ruinas como indicios**

LAS ESTRELLAS SON, quizás, la metáfora más cercana para ilustrar la relación entre el tiempo y la ruina. Siempre me fascinó la idea de que al mirar las estrellas en el firmamento infinito observamos el pasado, una estrella tan lejana que ya no existe. El tiempo de la ruina, el objeto preferido de este libro, es como una estrella, es una ilusión de presente que nos aleja, pero también nos une en una contemporaneidad vivida en diferido. Un claro ejemplo de multitemporalidad. De este modo, transitando multitemporalidades, en este libro es posible encontrar diversas y creativas maneras de transitar este pensamiento acerca del tiempo de las ruinas.

Uno de los aportes principales de este libro es que logra trabajar, magníficamente, sobre las diseminaciones del concepto de las ruinas como indicios relacionados al tiempo, o, mejor dicho, a la producción del «tiempo de la ruina». Justamente el título de este volumen apunta a esta torsión como propuesta para reunir textos de temas muy variados. Temas y objetos ahora diseminados en múltiples tiempos, lugares, espacios y geografías, desde diversas observaciones disciplinares y fuera de ellas también.

Diseminar es extender o esparcir sin orden y en diferentes direcciones los elementos de algo que está aparentemente bajo algún orden o que forma un conjunto producido por cierta lógica. Imaginemos la acción de diseminar como el envión que empuja una bola de billar golpeando sobre un conjunto de bolas acomodadas antes de la partida en un triángulo. El resultado de la diseminación produce un nuevo efecto de separación o distancia que ahora admite nuevos análisis, interpretaciones, sentidos y perspectivas del mismo modo que un caleidoscopio, con diversos espejos capaces de jugar con la luz y formar diversos destellos de ilusiones que llamamos colores. El caleidoscopio es «Ese rebaño de colores que se aleja en el tiempo» según el poeta chileno Vicente Huidobro (1990):

Mis horas de fatiga se pasan frente a un caleidoscopio. ¿Habéis pensado lo extraordinario que es un caleidoscopio?

El que no haya pasado horas de horas mirando las maravillas de un caleidoscopio ignora uno de los placeres más grandes de la vida.

El caleidoscopio es un ensueño de jardines condensados, es una redoma de peces y de estrellas amaestradas.

No comprendo que se pueda vivir sin un caleidoscopio. Es tan incitante y nutritivo de emociones. ¡Ah!, si hubiera alguien capaz de inventar un caleidoscopio de perfumes, sería el hombre más grande de este siglo. Coged un caleidoscopio; mirad, mirad. Dad rienda suelta a vuestros nervios. Es más admirable que todas las cajas de música que pueden inventarse, es la música del ojo, mil veces más conmovedora que la música del oído.

Mirad, mirad. Los vitraux fugitivos y las albas embrujadas y los crepúsculos quebrados. Ese rebaño de colores que se aleja en el tiempo, ese desfile de mariposas encantadas, ese azar de luces sin destino y pequeños bombones del ojo, que hacen las delicias de la retina.

Este instrumento tiene algo de sagrado y de juego inmortal.

Diseminar la ruina, entonces, es como descomponer el tiempo en haces de luces caleidoscópicas, o como una jugada de billar que desacomoda las formaciones previas, o como la observación de una estrella muriendo todos los días. Todo eso y nada a la vez. Es un acto azaroso, pero sobre todo un acto gozoso como lo describe Huidobro. Su belleza radica allí, en el desorden que sorprende al ojo. La diseminación de conceptos e ideas respecto al tiempo de la ruina juega en ese danzar de mariposas encantadas.

Este libro tampoco se detiene solamente en las geografías y latitudes sudamericanas (Argentina, Colombia, México, Venezuela), puesto que rastrea y disemina el concepto temporal de las ruinas también hacia experiencias poscoloniales en África, Europa central, Norte América y Gran Bretaña. Los textos juegan caleidoscópicamente también diseminando la escritura en diversos estilos y tramas textuales: etnografías, poesías, narrativas históricas y arqueológicas. Las imágenes constituyen un importante aporte visual a esta composición heterogénea y desordenada, como las ruinas. Estas imágenes desafían a las clásicas figuras y estéticas románticas de la ruina imaginada por el genio italiano Piranesi.

Múltiples formas y maneras de «arruinación» componen un catálogo ecléctico y multitemporal de las ruinas, algunas identificadas y descriptas como

esas «ruinas vivientes» de las que habla Celeste Olalquiaga. Pero también se da tratamiento a aquellas ruinas, esperadas y/o clásicas, como las ruinas arqueológicas incas y mayas. Sorprende en este libro el tratamiento de aquellas «ruinas invisibles» a los ojos, esas que adoptan cuerpos inesperados, a veces informes como las historias y leyendas de Juan Díaz y de los derrumbes naturales en el occidente colombiano; las memorias y sus materialidades en las playas e islas en África y en el Pacífico colombiano; canales de agua y su «materia oscura» en la ciudad de México; «una zanja militar y sus espectros» en la pampa argentina; los «no sitios» del artista Robert Smithson; la arquitectura helicoidal de una prisión en el centro de Caracas; las ruinas producidas por el resurgimiento repentino y dramático de los muertos de la calle Prestwich en Cape Town; una copia de una ruina arqueológica en Catamarca; las ruinas activadas en Grande Ballroom y el Gordon Park en Detroit; o las *performances* artísticas de las ruinas del muro de Adriano en el Reino Unido.

## **Preguntas, propuestas y visiones que ofrece este libro**

La diseminación temática del tiempo de las ruinas no acaba, se expande en cada cruce de lecturas posibles entre cada texto, como unidad o como conjunto. Igual de importante son las preguntas que dispara este libro, de enorme relevancia y actualidad para pensar los efectos de poder y violencia que ejerce la imaginación moderna operando en la relación entre el tiempo y la ruina. Algunas de las preguntas centrales en este volumen son planteadas por Cristóbal Gnecco y delimitan algunos aportes fundamentales de las lecturas que lo componen: ¿qué lugar ocupan las ruinas en el imaginario (post)moderno?, ¿cuál es su temporalidad?, ¿qué factores pueden explicar su pertinaz eficacia?, ¿cómo se visualizan y presentan?, ¿quién habla por las ruinas... o somos hablados por ellas en tanto herencia, legado, testamento?, ¿cómo se articulan con la operación patrimonial?, ¿cuál es su espacio?, ¿cómo interpelan al territorio del Estado, al tiempo lineal de la nación o al diseminado significativo de la comunidad?

Por otro lado, la invitación que nos hace Mario Rufer resuena en cada capítulo; él nos anima a pensar «las ruinas como marcas de un constante proceso de reúso» en el que también queda impresa «la violencia inherente al tiempo». A Rufer le inquieta «la tenaz voluntad con la que la violencia produce huella, marca, indicio». La percepción latinoamericana (particularmente la percepción argentina) de la historia de la violencia involucrada en las ruinas nos convoca a pensar la conexión de la historia de la violencia en la que se tramó la nación y el surgimiento del Estado moderno genocida (Bayer, ed., 2010). Los procesos

modernos de arruinamiento en América Latina guardan una enorme similitud con la producción de ruinas en África y Europa, pues comparten la marca de la violencia, muerte y genocidio perpetuados contra sus poblaciones colonizadas. «La misma civilización, las mismas ruinas» dice Alfredo González-Ruibal en su recorrido arqueológico por las playas y costas de Etiopía y Galicia.

Para quienes se introducen en la literatura académica acerca de las ruinas este libro es una excelente oportunidad para conocer antecedentes de lecturas obligadas en el tema. Celeste Olalquiaga, por ejemplo, nos ofrece un interesante paseo por los antecedentes de la fascinación por las ruinas o «ruinofilia», cuya actitud tiene sus orígenes en los albores del Renacimiento y un drástico cambio en el siglo XVIII, explica la autora, ponderando los modos en que esta fascinación ha ido cambiando hasta la actualidad. El célebre crítico literario alemán Andreas Huyssen también completa el escenario de los antecedentes de la fascinación por las ruinas en la primera sección de este volumen, dedicada a problematizar la tensión entre tiempo y ruina. Huyssen repara en el aspecto nostálgico de las ruinas para problematizar dicha tensión. La nostalgia, dice, remite «a la irreversibilidad del tiempo: algo del pasado que ya no puede alcanzarse»; más aún, sostiene que la nostalgia tiene una dimensión temporal, pero también espacial porque «el deseo nostálgico por el pasado es siempre deseo de otro lugar». Y se pregunta, «¿Existe una “auténtica” ruina de la modernidad como objeto de una nostalgia reflexiva?», desafiando uno de los tópicos clásicos de la filosofía crítica y la acción patrimonial universal contemporánea: el criterio de autenticidad. En esta obsesión occidental contemporánea por las ruinas hay una nostalgia por la modernidad temprana, anterior a las catástrofes del siglo XX, sostiene Huyssen en este capítulo que reedita una versión de su conocido ensayo traducido por Beatriz Sarlo. La inclusión de este texto en este volumen constituye un aporte genial que permitirá seguir diseminando estas lecturas al ámbito de las ciencias humanas y sociales más allá, y más acá, de la crítica literaria y la filosofía.

La historia y la arqueología se deleitaron jugando con el tiempo y la materialidad de la ruina. Por eso no es de extrañar que buena parte de los aportes de los artículos provenga de la arqueología y la historia. Así, por ejemplo, de la bella ciudad de Catamarca en el norte argentino explica el arqueólogo Alejandro Haber que el tiempo de la ruina producida-imaginada por la modernidad estatal y arqueológica está siempre arrojada al futuro. «La ruina del futuro» es imaginada por el arqueólogo en su preocupación por su valor como conocimiento para el futuro. «El tiempo de la ruina es el tiempo del arqueólogo... no pertenece al pasado, sino al futuro», dice Haber. Desde

otra perspectiva y desde una óptica indisciplinada<sup>1</sup>, situada en la historia reciente del arte, Eduardo Albaroa concuerda con Haber al reconocer que las ruinas son *souvenirs* del futuro, una especie de viajes al futuro imaginados por las sociedades contemporáneas modernas.

La negación de la colonialidad del género y el sexo en la producción-imaginación del tiempo de la ruina es una ausencia permanente advertida en las reflexiones sobre las ruinas; quizás allí puedan abrirse nuevas vetas para explorar la producción patriarcal del tiempo y sus modos de «arruinación». Hago esta observación entendiendo que el sentido común hegemónico del tiempo inscripto y reproducido, por ejemplo, por la arqueología es un sentido común producido por los hombres que gobiernan —cual patrón— el cuerpo de la ruina, la imaginan y la poseen, obsequiándola al futuro de las generaciones. La ruina es arruinada por la obsesión posesiva del arqueólogo, del historiador, etc., que pretenden convertirla al tiempo que habitan. Como dice Haber, este es el factor vectorial que ubica a las ruinas en el futuro: se trata de un deseo patriarcal de posesión. ¿Y la flor del cardón? Ella florece en la multitemporalidad en la que los seres habitan las ruinas y florece en la poesía que nace en los intersticios opacos de la narración académica. Coexiste y transforma la ruina, es la percepción del tiempo de quien la habita desordenada, intermitente e imprevisiblemente. Haber argumenta que las ruinas antiguas de nuestros ancestros indígenas son un espacio-tiempo de alta densidad, donde todavía habitan los antiguos en tiempo-espacios alternos. Coincido plenamente con la observación, nuestros abuelos y abuelas nos enseñaron que en los antigales, en sus ruinas, viven aún aquellos y aquellas que «siempre están» y con quienes seguimos coexistiendo, relacionándonos, aún en la ignorancia

<sup>1</sup> El concepto de *indisciplina* es utilizado en los estudios culturales, en el giro decolonial y en los estudios poscoloniales del archivo (e.g. Castro-Gómez y Mendieta, eds., 1998; Walsh *et al.*, eds., 2002; Rufer y Gorbach, eds., 2016) y refiere a un pensamiento crítico dentro de las ciencias sociales y humanas que apunta a denunciar las geopolíticas del conocimiento imperante y su vínculo con la colonialidad del poder, al tiempo que propone diversos modos de superar los límites epistémicos y ontológicos de las disciplinas modernas. En Argentina, Alejandro Haber (2012, 2017) adoptó este concepto para referirse a lo que denomina «arqueologías indisciplinadas»: prácticas posdisciplinarias (realizadas en contextos de frontera poscolonial) que tienen por objetivo «indisciplinar el vestigio», es decir, retornar su potencia antimoderna y anticolonial al vestigio por el cual se agencia el conocimiento mucho más allá de su utilidad como medio para conocer el pasado. Para Haber, «la arqueología es una exigencia epistémica de la modernidad colonial» que necesita abolir sus reglas y abrazar «la simultaneidad como apertura al conocimiento» (Haber 2017:23).

de su presencia. Otro arqueólogo, Alfredo González-Ruibal, recuerda que los hijos de los nómadas que habitan en la isla de Bulhar preguntaban a sus padres: «¿Por qué no vivimos en esas hermosas casas vacías?». Sus padres respondían: «Porque las habitan espíritus malignos». Los fantasmas habitan las ruinas, su tiempo es anacrónico, es eterno, y retorna en el ejercicio de cada olvido, de cada memoria, de cada violencia evocada en el recuerdo.

«Las ruinas de los otros» son restos de una violencia, o palimpsestos de violencias, pero luego devienen en artefactos seductores en el ejercicio de gobierno de los otros. Cristóbal Gnecco, Quetzil Castañeda, Alejandro Haber y Michael Shanks reparan en la dimensión patrimonial de la ruina producida por la arqueología. Gnecco ve en la ruina una manera de acercarse a problematizar el extractivismo implicado en la patrimonialización moderna. «Es la patrimonialización la que hace la ruina», afirma el autor desde una etnografía arqueológica que persigue «el camino» de los incas en seis países de Suramérica.

Extractivismo y ruina no son conceptos habituales en la bibliografía referida al tema porque no es usual que la ruina sea escrutada desde su condición ontológica extractivista contenida en la patrimonialización. «Esta condición ontológica aparece en la articulación del proceso patrimonial con los discursos de desarrollo, desde el obvio difundido por los agentes del patrimonio, el del turismo, hasta otros menos obvios, como el del extractivismo», dice Gnecco. Coincido con él al señalar al Qhapac Ñan no solo como un proyecto de patrimonialización mundial, sino como una avanzada ontológica de la colonialidad-modernidad capitalista y patriarcal sirviendo a la expansión de las fronteras del desarrollo neextractivista exportador en Suramérica (Jofré 2022). Estas nuevas formas de las patrimonializaciones se corresponden con las configuraciones político-económicas de tipo regional y con la historicidad colonial de las formas de dominación social y política del orden masculino, cuyo poder es desplegado a partir del ejercicio de la autoridad del padre depositada en las instituciones del Estado y ahora, también, en el rol tutelar de los organismos internacionales, como la Unesco, y los poderes del orden financiero internacional. Los caminos incas, como emblema de desarrollo en Suramérica, construyen un nuevo tipo de ruina exaltada como patrimonio de la humanidad en el que se confunden, simbióticamente, los proyectos extractivistas nacionales y universales. En ambos proyectos se producen efectos similares; por eso «forjar la nación e imaginar la humanidad son parásitos uno del otro: se acercan en una relación simbiótica y asintótica», expresa lúcidamente Quetzil Castañeda. En una etnografía referida a las ruinas mayas de la antigua Chichén Itzá Castañeda sostiene que «la arqueología ensambla el escombros del

pasado en forma de ruinas concebidas como museos arqueológicos-turísticos». Para este antropólogo, las ruinas son un imaginario de la nación que impregna la materialidad del escombros. A Castañeda le interesa definir cuáles son las tácticas de la arqueología como gubernamentalidad sobre las ruinas mayas, a las cuales considera —recurriendo a Michael de Certeau— configuraciones de poder que, además, estructuran tiempos y espacios en sus propias *performances* en las que se ejecutan prácticas, discursos, etc.

Las performatividades de las ruinas son otro tema tratado en este libro. Michael Shanks sostiene que la *performance*/performatividad constituye una constelación poderosa de conceptos, teorías y prácticas para comprender la dinámica del trabajo arqueológico. La imaginación arqueológica pretende «descubrir el pasado», sin embargo, se trata de la rearticulación de fragmentos del pasado como un acontecimiento del presente en tiempo real. Siguiendo estas pistas sobre la performatividad de las ruinas, Castañeda concluye que las ruinas arqueológicas —en el sentido de que son producidas por el trabajo arqueológico— no son réplicas falsas, pero tampoco son originales auténticos «de la civilización maya» del pasado; más bien «son invenciones asintóticas de la modernidad, copias originales arruinadas en ruinas que representan y reflejan comunidades, agentes, imaginarios del presente». Esta es una reflexión aguda y potente frente a la discusión clásica de la autenticidad de las ruinas referidas en varios textos de este volumen, como en el ensayo de Andreas Huyssen.

Nuestros abuelos y abuelas también nos enseñaron que las ruinas tienen dueños y dueñas; así lo expresa con gran elocuencia Luis Alberto Suárez en su capítulo dedicado a esas «ruinas no vistas» con forma de crecientes, derrumbes, huecos que alguna vez albergaron palacios que retornan para recordarnos la avaricia de sus dueños celosos que aun habitan esos espacios eternos, anacrónicos. Las historias de Juan Díaz prefiguran un tipo de ruina propia de los Andes colombianos, explicada en los propios términos locales.

En este libro, la diseminación de las ruinas, como concepto fenoménico de la modernidad, nos permite viajar por escenarios muy diversos y complejos. Allí la ruina evoca múltiples acepciones del tiempo y también es terreno fértil de la acción política por la recuperación material o memoriosa de las rebeliones que devolvieron la dignidad a muchos pueblos, como lo muestra Krysta Ryzewski en su capítulo sobre las ruinas y el activismo en Detroit.

Las rebeliones suceden contemporáneamente a la ruina, evocan a los muertos y reinscriben nuevas formas de violencia, como los cuerpos desmembrados y putrefactos que hacen la sopa gris de esa «materia oscura» que surca los canales ocultos en México descritos por Sandra Rozental en su magnífico texto.

Los muertos están siempre habitando el tiempo de la ruina, impugnando sus significados y apropiaciones como espectros de la historia. Mario Rufer pregunta: «¿cuál es la relación ominosa entre ruina, resto y desaparición?». Esta relación detestable también habita el tiempo o, mejor dicho, las multitemporalidades de las ruinas. «Los restos de la zanja son menos ruinas que cicatrices», son cicatrices de una guerra de la que no se ha librado la memoria nacional en Argentina. La maldición de sus muertos la persigue. Los muertos acechan la memoria como espectros y fantasmas sin justicia ni rostro. Ya lo dijo Rufer: allí se cumple la interpretación derridiana del fantasma. Un fantasma siempre regresa y «el regreso es la negación del pasado arruinado en el presente».

La problematización de las ruinas, de producción fenoménica moderna, sus *performances* y tácticas de gobierno implicadas en su posesión física y control interpretativo, lleva a reconocer que los/as cuerpos/as de nuestros/as muertos/as afectan y definen los procesos de arruinación. También permite recuperar la sensibilidad cuando podemos sentir en el propio cuerpo el dolor por aquellos cuya vida ha sido arruinada para el surgimiento de ciudades indolentes, refugios de avaricia y monumentos del olvido. ¿Cómo manejar un sitio que involucra restos humanos en un contexto de renovación de la ciudad? ¿Cuál es la «verdad» de estos muertos? se pregunta Christian Ersten en el capítulo que transcurre en la Ciudad del Cabo moderna.

«He convocado a los espectros para pensar [...] para sentir este desgarramiento que es, quizás, pensamiento» afirma María Isabel Galindo, sugiriendo que el desgarramiento doloroso por la muerte de un ser querido es un estado emocional cercano (o, al menos, compatible) para dolerse frente a la devastación telúrica de poblados costeros en Colombia. Las ruinas no tienen una relación tan antitética con la muerte; ellas son lo que resta de una muerte y, a su vez, mueren diariamente retratando «formas de vivir». En las playas de La Barra en el Pacífico existen «huellas, rastros, vestigios presentes en que se condensan todos los tiempos». «¿Será eso la vida?» se pregunta Galindo.

## **«El tiempo se te vino encima»: las ruinas de un terremoto**

Finalmente, y quizás como cierre para este dilatado prólogo de este genial volumen, preciso decir aquello que estos textos provocaron en mí. El 18 de enero del 2021, mientras me disponía a redactar estas líneas, un terremoto de 6,8 puntos en la escala de Richter asoló la ciudad de San Juan, en el centrooeste de la Argentina. El epicentro fue la conocida falla de La Rinconada, en

el distrito de Pocito, lugar desde donde escribo estas líneas una calurosa noche de verano. Con el transcurrir de los días, las ruinas se apoderaron de mi paisaje inmediato, volviendo cotidiana la excepcional sensación de destrucción que evoca la sensibilidad moderna de una ciudad renacida de los escombros en varias oportunidades.

Fue un impulso inevitable que durante toda la lectura de este estimulante libro sobre «el tiempo de las ruinas» no dejara de asaltarme la necesidad de reflexionar sobre lo sucedido. Me inquieta el desplome, la destrucción, el hundimiento de cientos de casas de adobe reducidas a escombros, y otras treinta mil agrietadas con peligro de derrumbe en las localidades más humildes y postergadas de las periferias de la ciudad donde habito. Las imágenes de las casas derrumbadas copan las tapas de los diarios locales e internacionales. Una vez más San Juan es noticia por un terremoto. Estos escombros conectan las imágenes de las ruinas del pasado provincial —provocadas por los terremotos de 1944, 1952 y 1977— con las ruinas del presente. Evocan las memorias del dolor de cientos de miles de vidas arruinadas por el cataclismo imprevisible.

«El tiempo se te vino encima» decía una periodista mientras entrevistaba a un hombre de avanzada edad que esperaba la ayuda del Estado sentado en una silla de totora frente a los escombros de su casa derrumbada por el terremoto la noche anterior. Según la periodista ese rancho estaba destinado a caer, a ser escombros, porque hace mucho tiempo que ya era ruina. El rancho arruinado era habitado desde hacía cuarenta años por familias empobrecidas, negadas, arruinadas, a la orilla del canal, a la orilla de la mirada omnipresente del Estado.

Las ruinas producidas por los escombros de un terremoto son un tipo de ruinas modernas equiparables a las denominadas «ruinas vivientes». En este volumen, Celeste Olalquiaga sostiene que las ruinas vivientes son «un tipo de remanentes arquitectónicos cuyo proceso de degradación es específicamente moderno». Estas ruinas vivientes de la modernidad cumplen un principio lógico de la ruina, el tránsito o la transformación de un artefacto cultural a uno seminatural, agrega. Las ruinas producidas por cataclismos naturales no son proyectos utópicos de la modernidad, construcciones no terminadas, como el Helicoide venezolano, también reimpulsan los proyectos de la modernidad, la potencian urdiendo drama y trama históricos. Son oportunidades para la transformación de proyectos políticos y sociales y para el nacimiento de nuevas pujas, siempre sobre la expectativa del progreso lineal de la ambición modernista reformadora.

El historiador Mark Healey hizo en su libro *El peronismo entre las ruinas: El terremoto y la reconstrucción de San Juan* una radiografía política del trágico

terremoto de 1944. Una de las principales tesis del autor es que las ruinas de San Juan impulsaron el surgimiento político de Juan Domingo Perón como líder carismático y de su visión de una nueva Argentina:

Las ruinas fueron, primero una invitación a la transformación, a edificar una nueva Argentina, más justa, inclusiva y resistente. Luego, se convirtieron en un laboratorio para consolidar ese proyecto transformador, y también para revelar sus límites. Más tarde, cuando la reconstrucción parecía estancarse, 1945, las ruinas se volvieron una acusación contra Perón, una indicación del fracaso de la transformación. Por último, con la victoria electoral de Perón, la reconstrucción se puso finalmente en marcha, aunque de forma lenta y mucho menos ambiciosa. Este es el significado final de la frase: la ciudad reconstruida como las ruinas de la promesa de una nueva Argentina. (Healey 2012:15)

Como afirma Gnecco en su prólogo, las ruinas «son la presencia fenomenológica de lo que fue, el contacto del cuerpo con la historia». Literalmente, el terremoto como experiencia destructora es una fuerza que se siente con el cuerpo, en este caso con «mi cuerpo». Aunque nuestra memoria del terremoto es sensorial también es visual. La imagen de las ruinas de esas casas de adobe en las villas y asentamientos precarios nos recuerda que la ruina ha sido también producida por un Estado ausente, negligente, productor de desigualdades históricas, las mismas que tuvieron como saldo diez mil muertes en 1944. Estas ruinas en mi pueblo exudan muerte.

Por otro lado, desde una perspectiva benjaminiana, las ruinas producidas por los escombros de un terremoto tienen la capacidad de evidenciar, de forma negativa, la dialéctica involucrada en la positividad del espacio creado y valorado por la modernidad capitalista. En una de las entradas de este libro Mario Rufer nos recuerda que «la ruina tiene el poder de socavar la celebración positiva del espacio, recordando el papel creador-y-destructor del capital». También recuerdan el papel contradictorio sobre el cual se escribe la historia de las ruinas de la nación y sus provincias. Aunque la ruina provocada por un cataclismo natural tiene un tiempo presente, reedita el tiempo de la nación y sus tensiones inherentes, proyectando siempre al futuro a través de la promesa de un país mejor que sería posible a partir de la reconstrucción de sus cimientos y fachadas. Las ruinas del terremoto en San Juan son una nueva (otra) oportunidad para seguir diseminando el concepto y tensando la concepción de la relación entre tiempo y ruina.

Finalmente deseo agradecer a Cristóbal Gnecco y a Mario Rufer la gentil invitación a prologar este magnífico libro. La generosidad de este gesto me anima a festejar y honrar la amistad que fuimos formando estos últimos años y de la cual yo soy, sin duda, la más beneficiada. Estoy convencida de que este libro provocará, como lo hizo conmigo, nuevos gestos de diseminación en muchos otros espacios y tiempos ignorados, lugares y geografías cercanas y distantes, y animará la crítica ampliando a un universo insospechado de lectores y lectoras.

## Referencias

BAYER, Osvaldo (editor)

2010 *Historia de la crueldad argentina, Julio A. Roca y el genocidio de los Pueblos Originarios*. El Tugurio, Buenos Aires.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago y Eduardo Mendieta (editores)

1998 *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Miguel Ángel Porrúa, México.

HABER, Alejandro

2012 Un-disciplining archaeology. *Achaeologies* 8(1):55-86.

2017 *Al otro lado del vestigio: Políticas del conocimiento y arqueología indisciplinada*. Universidad del Cauca-JAS, Arqueología-Ediciones del Signo, Popayán-Madrid-Buenos Aires.

HEALEY, Mark

2012 *El peronismo entre las ruinas: El terremoto y la reconstrucción de San Juan*. Siglo XXI, Buenos Aires.

HUIDOBRO, Vicente

1990 *Antología poética de Vicente Huidobro*. Castalia, Madrid.

JOFRÉ, Ivana Carina

2022 Los caminos de servidumbre megaminera y narrativas del despojo en los procesos de patrimonialización neoextractivistas del Qhapac Ñan. En *Políticas patrimoniales y procesos de despojo y violencia en Latinoamérica*, pp. 193-232. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil.

RUFER, Mario y Frida Gorbach (editores)

2016 *(In)disciplinar la investigación: Archivo, trabajo de campo y escritura*. Siglo XXI-Universidad Autónoma Metropolitana, México.

WALSH, Catherine, Freya Schiwy y Santiago Castro-Gómez (editores)

2002 *Indisciplinar las ciencias sociales: Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Universidad Andina Simón Bolívar-Abya Yala, Quito.

**Entrada**  
**Aquí *también* hay ruinas**

Mario Rufer

*Nuestro legado no va antecedido por ningún testamento.*

René Char, *Feuillets d'Hypnos* (1946)

ESTE LIBRO NACIÓ de un gesto cómplice hace ya cinco años. En el 2017 nos conocimos con Cristóbal Gnecco en un evento sobre discursos críticos de patrimonialización en Buenos Aires, que dio pie a muchas complicidades posteriores y también a este proyecto. Los participantes trazamos en ese evento una serie de rutas de pensamiento sobre patrimonio y gubernamentalidad, patrimonialización y extractivismos, patrimonio y desplazamientos y despojos. De algún modo, sospechábamos en sentido fuerte, epistemológico, de esa moda ferviente, tan moderna, tan nuestra, que patrocina conservacionismos, avala el gesto preservador de la colección, instituye responsabilidades ciudadanas sobre piedras y restos, y deja en la sombra a las necesarias preguntas sobre modernidad y a-rruinación, sobre las formas violentas como la preservación patrimonial estatal o corporativa despoja a los sujetos del presente de lugares, tierras, territorios; o sobre la duplicación como operación política con la que los Estados reconocen «patrimonio cultural» de pueblos y comunidades al tiempo que, *ipso facto*, los despojan de recursos naturales, entornos, paisajes.

Fue Cristóbal quien me increpó en algún momento: «necesitamos un libro sobre ruinas y tiempo. Creemos que sabemos lo que estamos diciendo, y tal vez no». Así, hoy diría que este libro nació de lo que Ann Stoler —que también escribió sobre ruinas e imperio— llamó la «afasia» de nuestros tiempos en la academia (Stoler 2016): la dificultad que tenemos de convocar adecuadamente una designación, un nombre, para algunos procesos que tenemos en frente. ¿Necesitamos un nombre o necesitamos un gesto? Esto es, ¿necesitamos una designación o necesitamos un procedimiento para leer de otro modo, para colocar una pregunta instigadora?

Las ruinas son una fascinación contemporánea y sobre esto se ha escrito mucho. La relación entre ruina y modernidad, ruina y capital, ruina y procesos de despojo colonial-imperial es de sobra conocida. La tesis central de que la ruina no es una huella que indica —en sentido peirceano— el testimonio pasado, sino que es el proceso que la instituye lo que le da sentido, está en el centro de la literatura contemporánea sobre ruina y modernidad (Stoler 2011; Bueno 2016; Gordillo 2014; Hammilakis 2009; Hell y Schönle, eds., 2010). La disputa simbólica sobre su estatuto es nodal para comprender el efecto político de su invocación. Sobre todo porque no existe ruina sin una figura del original, sin una imaginación restituyente de la que rinde tributo su resto. Pero en ese caso, ¿no es también esa la relación central que impuso la modernidad entre el símbolo y la cosa? Una especie de distancia que es temporal pero, también, de segundidad. La ruina importa por lo que fue: como en el signo, su poder emana de una ausencia irresoluble. Excepto por una marca, una firma que haga posible convocar lo que no está. Quizás por eso el atributo totémico de la ruina moderna ha sido señalado algunas veces: aunque desconozca el nombre sagrado de su poder, su autoridad es eminentemente mágica —como la del Estado, no solo racional, argumental o histórica, su poder de sostener el vínculo con la ausencia pasa por un proceso que imbrica pompa, drama, afección y relato épico—. Es por eso que ninguna disciplina moderna —mucho menos las arqueologías nacionales— sale indemne de su ambigüedad discursiva entre relato aséptico y monumentalidad mítica.

Pensamos el libro como una estructura de pieza, de obra. No tanto por la posibilidad de leerla estéticamente, sino por el juego que nos proponía con lo que puede ser descifrado en el ritmo: un modo de rodear al referente con la escucha (en este caso, con un gesto de lectura). El libro está compuesto de una obertura, tres actos interrumpidos por un interludio, y una coda.

En el primer acto, «Tiempo y ruina en tensión», se suceden los textos que proponen los interrogantes conceptuales sobre ruina, tiempo y modernidad. A partir de situaciones específicas, este acto propone una manera de encarar las preguntas sobre ruina y nación, ruina y capitalismo extractivo, ruina y procesos de patrimonialización. Esta parte es «interrumpida» —más precisamente, «escandida», en tanto separación necesaria del ritmo— por un texto clásico que aquí reeditamos, «La nostalgia de las ruinas» de Andreas Huyssen. En él, Huyssen propone una serie de premisas sobre el deseo por las ruinas, sobre su poder nostálgico y su peligro melancólico, sobre su uso en la política y su efecto despolitizador, sobre su reencantamiento político en el desacuerdo. Lo proponemos como interludio en tanto derivado de su

origen latino, *interludere*: jugar «en medio de», interpelar el cauce de la narrativa con un contrapunto.

Esa escansión habilita la lectura del segundo acto, «Fantasmagoría y (a)rruinación». Aquí los interrogantes toman la ruta de la ausencia y de lo suprimido: parafraseando a De Certeau, en esta sección los autores parecen preguntarse «¿y cómo retorna el otro al discurso que lo prohíbe?». ¿Cómo hablan las ruinas de lo que no tiene lugar en el lenguaje de las disciplinas, de la arqueología, de la historia nacional, de la épica literaria? ¿Y si miramos las ruinas no consagradas, las desinvertidas, las pequeñas trampas de lo cotidiano —un canal de aguas negras, un puerto arrasado, una oprobiosa zanja borrada—? ¿Qué implica, políticamente y en este tiempo, insistir en lo arruinado?

El tercer acto es «Materialidad y resto/Activismo y *performance*». Los interrogantes por el acto creativo, la imagen, la performatividad de la herencia —en el sentido estricto del poder mágico de un acto simbólico— están en el centro de sus textos. Los procesos de institucionalización se encuentran siempre ya burlados por el exceso de sus usos, por la voluntad férrea de contradecir, o por la indiferencia pasmosa de los que rechazan representar el papel del subalterno heroico que encarna, antecede, escribe el retorno ancestral y resiste. Los textos de esta sección abren la sensibilidad sobre los montajes que permiten conectar lo que la Gran Costumbre disciplinó como mirada, narrativa y lenguaje. En la coda, Cristóbal Gnecco evoca el poder de la literatura y de la amistad como sitios en los que, aún en tiempos inhóspitos, pensar la ruina es un goce: el de instalar una incomodidad histórica como principio de saber.

## Potenciar

Pensamos este libro no para sistematizar o para redefinir sino para diseminar. Hacerlo, además, desde dos países del sur global: México y Colombia, allí donde la propia noción de fallido parece describir en un oxímoron la posibilidad misma de la modernidad local: en la narrativa histórica clásica fallido es el progreso, la promesa; fallido el Estado, el disciplinamiento, la ciudadanía; fallido el lenguaje común y la justicia. En este lado del mundo, la ruina contradice, al menos en parte, su reclamo moderno: ¿son las ruinas mexicanas, colombianas, argentinas, testimonio de un tiempo pasado, fabricación de un tiempo mítico en tanto relato para ser creído, invención de un resto común en tanto tiempo nacional para ser memorizado? ¿De qué tipo de deseo hablan esos restos a los que llamamos ruinas?

En «La nostalgia de las ruinas», capítulo que compone este libro, Andreas Huyssen dice que «el deseo nostálgico por el pasado es siempre deseo de otro lugar». Un lugar imposible, una negación estructurante. Pero hay algo situado que deslinda esa posición del deseo en América Latina, porque nuestras ruinas, por lo general, no refieren a ningún tiempo concluido, no son índice de ninguna noción de cierre, de etapa franca, de épica posible. Más bien hablan de lo que Juan José Saer llamó los «trabajos inacabados» que pululan en territorio latinoamericano: «rascacielos, puertos, autopistas, estadios, represas, obras de arte y aún gobiernos constitucionales» (Saer 1991: pos. 477; Rufer, en este volumen). Las ruinas que nos rodean son, en todo caso, la posibilidad metonímica de nombrar una condición de nuestra historia: la característica estructurante de la conquista y del despojo; lo que hemos investido como nuestras ruinas —ya sea la Piedra del Sol mexicana, la Zanja de Alsina en Argentina, el Camino de los Incas en los Andes, la materia oscura de los cuerpos acuosos de Ciudad de México— tienen en común una alteración a la figura del tiempo: niegan a la conquista como acontecimiento y la nombran como duración; insisten en su carácter de persistencia, develan esa característica intrínseca a todo acto de extensión de soberanía: el de presentarse siempre como otra cosa.

Las ruinas de los espacios que habitamos en esta parte del mundo tienen esa característica del tesoro (Rozental 2017): un objeto preciado del que emana un poder que no se controla ni se conoce su límite. Justo en el fallido de ese tiempo inacabado, la ruina poscolonial niega la característica de irreversibilidad del tiempo histórico moderno y le imprime otro gesto: porque aquí la ruina evoca también un tiempo en construcción; una forma que toma del pasado no el indicio irrevocable sino la potencia de lo abierto. Un tesoro no porque conserve nada que esté escrito en el testamento de ningún *pater*, sino porque vuelve al presente la actitud interrogante de todo acto creativo.

En este sentido, el libro parte de perspectivas abiertamente críticas a cualquier noción conservacionista del patrimonio, y a cualquier noción patrimonialista de la ruina. Nos interesa, en cambio, atravesar aquellos procesos en los que el patrimonio se torna lenguaje de la gubernamentalidad y a su vez es disputado por los actores desposeídos; nos interesa visitar los discursos épicos de la conservación patrimonial y preguntarnos por todo aquello que se ha hecho fracasar en los lenguajes de la memoria material y simbólica: ¿qué fue a-rruinado para arrasar legados? ¿Qué moción destituyente es necesaria para gestar una épica, una gloria en piedra, una reliquia venerable? ¿Es posible leer ese guiño? Sabemos que todo borramiento, todo

expurgo genera un lenguaje: para hacer fracasar un testimonio es necesario que un gesto lo suprima. Y ese gesto habla (Rufer 2013).

A lo largo de este libro se lee que la potencia de las ruinas está directamente relacionada, por un lado, con el arcaísmo del capital y su fascinación por comprobar lo dejado atrás en su paso por el encantamiento del progreso; pero también con la tenaz voluntad con la que la violencia produce huella, marca, indicio. Ruinas como marcas de un constante proceso de reúso. Esta línea está presente en los textos de Gnecco, de Olaquiaga y de Castañeda con profusa lucidez.

Tomar seriamente a la ruina como parte de un paradigma indiciario, como habría esgrimido Carlo Ginzburg (1999), tiene que ver con dismantelar su aparente transparencia, su carácter de testigo. Las ruinas —en tanto resto decadente o embellecido de algún objeto material que remite al todo, que lo convoca— no son la evocación, ni el todo. En todo caso, deberían constituirse en el proceso de lectura que nos permite comprender los actores, los tiempos yuxtapuestos, las violencias intermitentes que allí se conjuntan. Indicios de un lento proceso de borramiento en la monotonía del archivo, en la gestación grisácea de un *habitus* de estado, en la provocación peculiar de la política de identidades. «Materia oscura» lo llama Sandra Rozental en este volumen:

En física, la materia oscura refiere a algo que sabemos que está porque insiste sobre, se relaciona e interactúa con el universo a pesar de no ser palpable para nuestros sentidos. Trasladar este concepto al presente de la ciudad de México y, en especial, a los modos en que fluye o deja de fluir el agua en ella, revela cómo la violencia que fue clave para construir esta ciudad, para conquistar y transformar este territorio en tierra seca y firme, sigue permeando su cotidianidad, fluyendo debajo de sus calles y por sus coladeras.

María Isabel Galindo escribe sobre La Barra en Colombia: «En julio del 2019 cientos de sardinas yacían muertas sobre la arena. “Algo están echándole al agua y ella se lo come”», asegura un interlocutor de la autora. Galindo atiza: «El mundo está azogado: el mercurio y otros venenos impregnan el océano. Azogue que está en el cemento que enterraron en La Barra y que llamó al mar al que no le gusta su presencia... y en el mismo cemento que moldea los sueños de aquellos a quienes siempre el cemento ha desplazado y el oro arruinado y el Estado reubicado». Rozental y Galindo asumen voces que desentrañan materia, desecho, expulsión y exclusión para dislocar el prisma común que

acostumbra a problematizar la ruina. ¿Y si las ruinas fueran una excusa ofertada, un sentido periférico del tiempo para no conceptualizar el ruinar, para no acentuar su papel obliterante en la modulación de la modernidad periférica, obscena en sus desigualdades, en su desprecio por el tiempo de los otros, en su capacidad de desplazar toda responsabilidad por las violencias ejercidas? En mi texto «Zanjas, ruinas y espectros» esa pregunta se desplaza hacia una cicatriz en el paisaje: el sueño loco de un ministro de Guerra que propuso al Senado argentino, antes de la solución final del genocidio indígena, tajar el paisaje para olvidar al indio. Verlo, tal vez, pero «del otro lado». Hoy la ruina imperturbable de una separación imposible se extiende silente y superflua como el racismo, como el odio, como la indiferencia. Indicio de modernidad.

En palabras de Cristóbal Gnecco en su texto, «Aunque su relación no es evidente, la patrimonialización es la que hace la ruina, no la ruina la que convoca la patrimonialización». Por eso mismo, cuando pensamos en el objeto del libro decidimos que debía ser no el objeto material (museo, por ejemplo) y tampoco la política que lo ampara (el patrimonio). En su capítulo «La performatividad de Chichén Itzá: tiempos y tácticas de ruinas, patrimonio y herencia», Quetzil Castañeda apunta en el mismo sentido que Cristóbal: «el análisis de las ruinas no se puede enfocar, únicamente, en ellas como cosas o como resultados dados en su materialidad; requiere un análisis de las acciones, prácticas y procesos que crean y construyen las cosas arruinadas como ruinas originales». Entre esas prácticas, los procesos de identificación y alterización se vuelven cruciales. El propio Quetzil enfatiza en este texto que debería ser posible analizar las ruinas como «un imaginario de la nación que impregna la materialidad del escombros». Imaginario refractario, a veces usado con potencia provocadora para incomodar.

¿Cuál es el tiempo de las ruinas? se pregunta Alejandro Haber retomando el título propuesto para el libro. Una heterogeneidad que no parece horadar la línea vectorial del tiempo vacío y homogéneo, sino que pertenece a fases distintas de la significación. El tiempo de los arqueólogos, el tiempo del Estado, el tiempo de los creyentes y de los aficionados que excavan y desentierran y buscan y entierran, son tiempos de altísima densidad significativa. El autor cuenta que una secretaria de alguna dependencia cultural de la provincia de Catamarca en Argentina alguna vez lo convocó a él para que «construyera» una ruina que se transformara en atractivo. Él se negó por prurito profesional. Pero, por supuesto, la ruina se hizo. Al respecto Haber reflexiona: «El valor del pasado está atado a su conocimiento moderno, a tal punto que una explicación del trabajo de la arqueología suele ser incorporada a toda narración popular

arqueológica del pasado; en el caso del predio ferial la arqueología hiperreal cobró autonomía del pasado, y la ruina adquirió valor solo por su orientación al conocimiento futuro, sin relación alguna con un pasado en particular».

Podríamos plantear, entonces, que una predilección por discutir la potencia política de la ruina moderna se hace evidente en gran parte de los textos, aunque sus objetos «ruinados» sean —por fortuna— tan distintos. Predilección por la sospecha de la patrimonialización, invitación a incomodar.

Christian Ernsten hace un recorrido específico sobre los restos humanos hallados bajo el Distrito 1 de Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, y su evocación violenta, su fuerza para suturar una temporalidad colonial negada y enfrentada a su vez con la fuerza domesticadora de los parques inocuos, los memoriales disciplinados y los jardines de la esperanza que, como apunta el autor parafraseando a Achille Mmembe, «evitan la agitación del desorden dentro del presente neoliberal de la ciudad».

## Indisciplinar

¿Es posible pensar en ruinar para desobedecer, en habitar la ruina como una política del desacuerdo? Ernsten, apelando a una metáfora del escritor sudafricano André Brink invita a pensar en cómo «raspar la corteza de la historia», una acción que implique «una ruptura con el espacio-tiempo moderno y su conocimiento colonial asociado para permitir una comprensión subalterna del pasado». Ensayos como los de Eduardo Abaroa y Krysta Ryzewski parecen honrar la metáfora de Brink. En su presentación, Ryzewski toma el Grande Ballroom y el Gordon Park de Detroit como «ruinas empoderadas —lugares que siguen siendo relevantes, impactantes y evocadores para las comunidades actuales y futuras—». Una radicalidad que solo puede ser entendida con un relato alegórico de los espacios físicos que apela a la imagen dialéctica: para entender su relevancia es necesario aplicar «un enfoque arqueológico contemporáneo que considera sus historias fragmentarias, restos físicos remanentes, recuerdos multisensoriales y legados como espacios de activismo». Abaroa, por su parte, genera un contrapunto constante entre la obra de Robert Smithson y las posibilidades metafóricas del objeto artístico entre ruina, intervención y recordatorio constante de la inestabilidad de toda propuesta. Con un cierre particularmente provocador, Abaroa invita a desplazar desde los regímenes visuales y de artificio, los objetos patrimonializables y la destrucción paralela del patrimonio biocultural de los pueblos indígenas.

Quizás sea desde estos argumentos que tensan la productividad de la «industria de las ruinas» que podemos poner a discutir un texto ya clásico, pero que quisimos reproducir en el libro por su potencia. En «La nostalgia de las ruinas», Andreas Huyssen apunta: «Mi hipótesis es que esta obsesión con las ruinas encubre la nostalgia por una etapa temprana de la modernidad, cuando todavía no se había desvanecido la posibilidad de imaginar otros futuros». En efecto, la relación de la ruina no se entabla solamente con el pasado o con la ilusión de pasado en tanto aquel tiempo que la poseyó en original. La ruina establece una relación con el futuro justo allí donde lo soslaya o lo subestima. La pregunta en todo caso es qué lugar ocupa esa imaginación de futuro, ese tiempo vectorial que no descansa en presente, al menos no en el sur global, en geografías imaginarias donde parte importante de lo que se proyecta es ruina antes de ser destino.

En un texto con alta carga poética, que está estructurado como relato de viaje por distintas zonas del África colonizada, saqueada, mojonada y ruïnada por España, hacia el final Alfredo González Ruibal se pregunta: «¿Qué queda tras mil años de historia en este rincón de África? Unas pocas semanas de europeos masacrándose unos a otros. Un documento de barbarie».

Documentos de modernidad/documentos de barbarie: edificios que nunca fueron lo que serían, como el Helicoide que nos presenta Olalquiaga, o el Monumento a la Revolución mexicana, que es, ante todo, la ruina de un parlamento porfiriano que no llegó a ser, que se abandonó en escombros y se monumentalizó décadas después, o la Zanja de Alsina que trabajo en el texto de mi autoría, una cicatriz a la tierra de cuatrocientos kilómetros hecha en 1877, que nunca fue acabada pero tampoco fue tapada, o las enormes autopistas proyectadas en Guatemala y en El Salvador, construidas algunos kilómetros y abandonadas hace décadas como testigos monumentales de una noción importada de historia latinoamericana: la que sentencia que el tiempo modélico de su modernidad está previamente tachado por la prístina necesidad de no llegar, por la necia insistencia en claudicar a medio camino, o parafraseando a Roberto Juarroz (2012), por la pertinaz voluntad de permanecer como un borrador que jamás será pasado en limpio.

Para Cristóbal y para mí era importante trabajar sobre la diseminación del concepto: las ruinas como indicios de una manera instituida de lidiar con el tiempo (Gnecco) o de una forma socialmente aprehendida para negarlo en tanto «materia oscura» (Rozenal). Las ruinas como una manifestación posible del extractivismo silenciado lamido por el mar (Galindo), o como una tenaz evocación de resto violento, a veces genocida, una zanja que impide